

PRÓLOGO

El trabajo que el lector tiene en sus manos es el primer intento de fundamentación de la educación desde la antropología trascendental, la disciplina superior entre las filosóficas, inusitado descubrimiento de Leonardo Polo, relativamente reciente, bien formulado y expuesto por este autor en muchos libros, pero en especial en el que lleva por título dicho rótulo. De modo que, aunque solo fuese por este motivo, esta obra es, sin duda, audaz.

Pero a lo que precede se suma la claridad y rigor en la exposición, así como su ordenada estructura. Añádase también que los descubrimientos de fondo que aquí se ofrecen son contrastados con las tesis clave de los clásicos teóricos de la educación, antiguos y recientes, y que, tras su comparación, se nota de modo claro los que los añadidos polianos de fondo trascienden los planteamientos precedentes.

De ordinario la educación se ha enfocado hacia lo común de los hombres, es decir, buscando como impartir las diversas materias formativas de todo tipo en los distintos estratos educativos (enseñanza básica, de bachillerato, universitaria, o de postgrado...) para todos los discentes de una determinada edad, sección o especialidad. A eso respondía la denominada 'educación integral'. Incluso en el caso reciente de la llamada 'educación personalizada' lo que se ha añadido a la anterior es el intento de aplicar esas materias comunes a las peculiaridades manifestativas de cada quién, para ver como este las integra con mayor o menos asimilación en su vida. Pero paradójicamente no se ha puesto el centro de atención en quien es cada quién como persona novedosa, raíz y fin de todas sus manifestaciones. Y

como no existen ni pueden existir dos personas iguales, la aplicación de la pluralidad de facetas educativas a cada uno ha seguido el curso anterior de referirlas a sus manifestaciones en vez de buscar su raíz, el sentido personal irrepetible de cada educando.

Esto último significa que cada quién es, por así decir, un nombre personal exclusivo, que ni es invento propio ni de ningún ser humano, nombre que responde a una realidad que supera en riqueza a todo lo común de lo humano, por formidables que sean tales logros perfectivos en todas y cada una de las áreas. Se trata, en rigor, de notar que cada *acto de ser personal* es superior a la *naturaleza humana* común de los hombres, y al progreso perfectivo que todos y cada uno de ellos puedan educir de esa naturaleza, perfección a la que se puede llamar *esencia del hombre*.

Respecto de tal nombre personal la clave educativa de cada quien radica en la búsqueda personal con ahínco de su sentido a lo largo de toda la vida, por eso la formación propia no termina nunca; y, por consiguiente, la clave de la educación radica en ayudar a cada quien a buscar progresivamente tal sentido, por eso la educación tampoco termina nunca. Dicho lo que precede con palabras clásicas: si ‘el obrar sigue al ser’, dar por supuesto que se conoce el ser y dedicarse preponderantemente a educar el obrar manifestativo humano equivale a tomar, como reza el refrán castizo, el rábano por las hojas.

Por eso en este trabajo se pone sobre todo el centro de atención en quién es cada educando como persona distinta de las demás, tema que se estudia en el capítulo I, el más extenso, porque estamos ante el fin que justifica la tarea educativa. Para ello, en la introducción se ha ofrecido antes como una propedéutica en la que se secundariza la educación a la antropología trascendental. Y los siguientes, el II, ‘¿Para qué se educa?’, el III ‘¿Quiénes educan’, y el IV ‘¿Cómo educar?’, se subordinan, a su vez, al I, a la persona del educando, la cual es sin precedentes ni consecuentes, y coexiste referida constitutiva y crecientemente a su creador.

Como tal referencia es personalmente libre, cognoscente y amante, lo radical de la educación es subordinarse a esa aceptación y donación novedosa de cada quién a su destinatario, pues en caso de no aceptar sobra el dar. Cabría alegar que siempre tenemos en nuestra mano el ofrecer a tal educando formaciones intelectuales y volitivas de todo tipo así como pro-

veerle de dones materiales. Sin embargo, si estos no secundan el sentido personal propio de cada quien, nosotros perdemos el tiempo, y lejos de ayudar al educando, lo alejamos de seguir su proyecto personal, su encargo divino, solo en cuya consecución logrará la felicidad asimismo personal, pues esta, lejos de ser común, es especial para cada quién.

Como se puede advertir, la clave de este trabajo radica en la vinculación subordinada de todo lo rica y polifacética educación que se pretenda a un solo acto de ser personal, en rigor, en secundarizar las bases de la educación a la antropología trascendental. Lo mismo cabría llevar a cabo en las diversas materias que versan sobre las manifestaciones humanas: la ética, la familia, el lenguaje, el trabajo y el descanso, la cultura... Pero toda esta ardua tarea, que está por hacer, requiere en cada caso de un espíritu tan inconforme como audaz que se mida en cada una de esas áreas y sepa vincular cada una de ellas a lo trascendental humano.

En lo personal, lo que queda, en primer lugar, es agradecer la confianza que el autor de este trabajo ha depositado en los hallazgos de Leonardo Polo sobre la educación y la antropología trascendental, y animarle a seguir siendo fiel a ellos para que no se canse de hacerlos valer y de seguir descubriendo más fondo en ellos. Y, en segundo lugar, queda transmitir la inconformidad y audacia del autor al lector, para que este pueda descubrir más y nos lo logre transmitir en orden a alcanzar nuestra verdadera meta: el crecimiento personal respecto del Dios pluripersonal, pues, en definitiva, en ese 'ayudar a crecer' reside el *quid* de la educación.

Juan Fernando Sellés